

AIRA, CASA MATRIZ



¿Qué se puede encontrar en un viaje a **Coronel Pringles** sino edificios de Salamone y el pasado de **César Aira**, el genio más prolífico de la literatura argentina? Carlos Fuentes vaticinó que Aira tendrá su Nobel en 2020. En vísperas de esa gloria que quizás le toque, su madre y sus amigos evocan su fantasma juvenil en el corazón de la llanura bonaerense.

texto **Ulises Cremonte**
foto **Leo Vaca**

Matadero municipal, 1938,
obra de Francisco Salamone.

Coronel Pringles: la ciudad que comienza en el cementerio, con su arcada de dos columnas y su estilo Vaticano, y termina en el matadero, allí donde el asfalto se interrumpe y una erguida cuchilla de cemento lo anuncia junto con los oxidados ganchos que aún cuelgan de las vigas y son el único rasgo de su época de esplendor. Ambas construcciones exhiben la prepotencia típica de las edificaciones municipales realizadas por Francisco Salamone, el arquitecto que entre 1936 y 1939 proyectó y ejecutó más de 60 obras en la Provincia de Buenos Aires.

En la ciudad, el paisaje totémico se completa con la sede Municipal, cuya altura permite vigilar más de cerca a Dios que desde la modestísima iglesia vecina. Recién después se dejan ver las habituales casas bajas, la plaza principal con su sendero vacilante y los automóviles viejos que, estacionados sobre las calles de adoquines, se vuelven parte inamovible de la escenografía. Además están los pringlenses, casi como fondo animado ante la obnubilante distracción que generan las siluetas de cemento. Pero son personas, no extras. Esos que viven desde siempre y viven en su casa de la infancia y los que se fueron y regresan cada tanto para mantener avivada la llama de su figura. A estos últimos pertenece, de manera involuntaria, César Aira. Probablemente a él, en Coronel Pringles le gustaría ser César, o ni siquiera. Pero las dos o tres veces al año que regresa, para visitar a su madre, los que lo identifican se encargan de recordarle que su nombre forma parte de las referencias estelares de la ciudad.

Así fue como, hace dos años, en noviembre del 2010 el Honorable Concejo Deliberante de Coronel Pringles, "en ejercicio de las facultades que le son propias" nombró a César Aira Ciudadano Ilustre. El expediente número 4.488-B-10 da cuenta minuciosa de los méritos alcanzados por su "hijo prodigo". Se destaca que, además de ser el autor de más de sesenta obras, el escritor mexicano Carlos Fuentes "ha vaticinado que será el Primer Nobel de Literatura argentino para el año 2020". También se indica que, entre sus "destacados logros", fue un "notable traductor" y que su nombre se incluyó acertadamente "dentro de los máximos exponentes de la literatura en las campañas publicitarias realizadas en el marco del Bicentenario de la Patria". Convencer a los concejales fue sencillo. No así a Aira. Omar Berruel, amigo y vecino de César durante la infancia, reconoce que tuvo que realizar, junto Omar Abasolo (director del Instituto Cultural de Pringles), un trabajo de hormiga para persuadirlo: "Yo estoy en la Municipalidad y siempre quise traerlo, lograr un reconocimiento. Él no quería saber nada, hasta que por fin lo convencimos. Creo que lo hizo para darle el gusto a la mamá".

La madre de César Aira se llama Isabel González, aunque aún conserva el apellido que recibió al casarse con Tomás y que hoy indefectiblemente remite más a su hijo que a su difunto marido: para los pringlenses es la madre de Aira, no la viuda de Aira. El título lo obtuvo al convertirse en la principal difusora vernácula del reconocimiento nacional, y sobre todo internacional, que alcanzó su hijo en los últimos quince años. Ella fue y es la encargada de hablar con los medios locales para informar sobre los distintos lugares del mundo donde Aira es solicitado para dar una conferencia.

Isabel vive en un semipiso ubicado en uno de los pocos edificios altos de Pringles. La encargada de dar la bienvenida es la mujer que la cuida por la tarde. Invita a pasar extendiendo su brazo izquierdo. Decorado sin estridencias, con muebles imprescindibles, el living-comedor del departamento se alimenta del sol de la siesta que ingresa por un ventanal de dos puertas.

- *Vinieron por tu hijo el escritor, ¿estás contenta?*

- *Sí, sí... ustedes dirán...*

Desde la silla de ruedas Isabel sonríe nerviosa, pero acepta con franca naturalidad los besos que la saludan. Hay que sentarse cerca, hablarle fuerte al oído.

¿Cómo era César de chico?

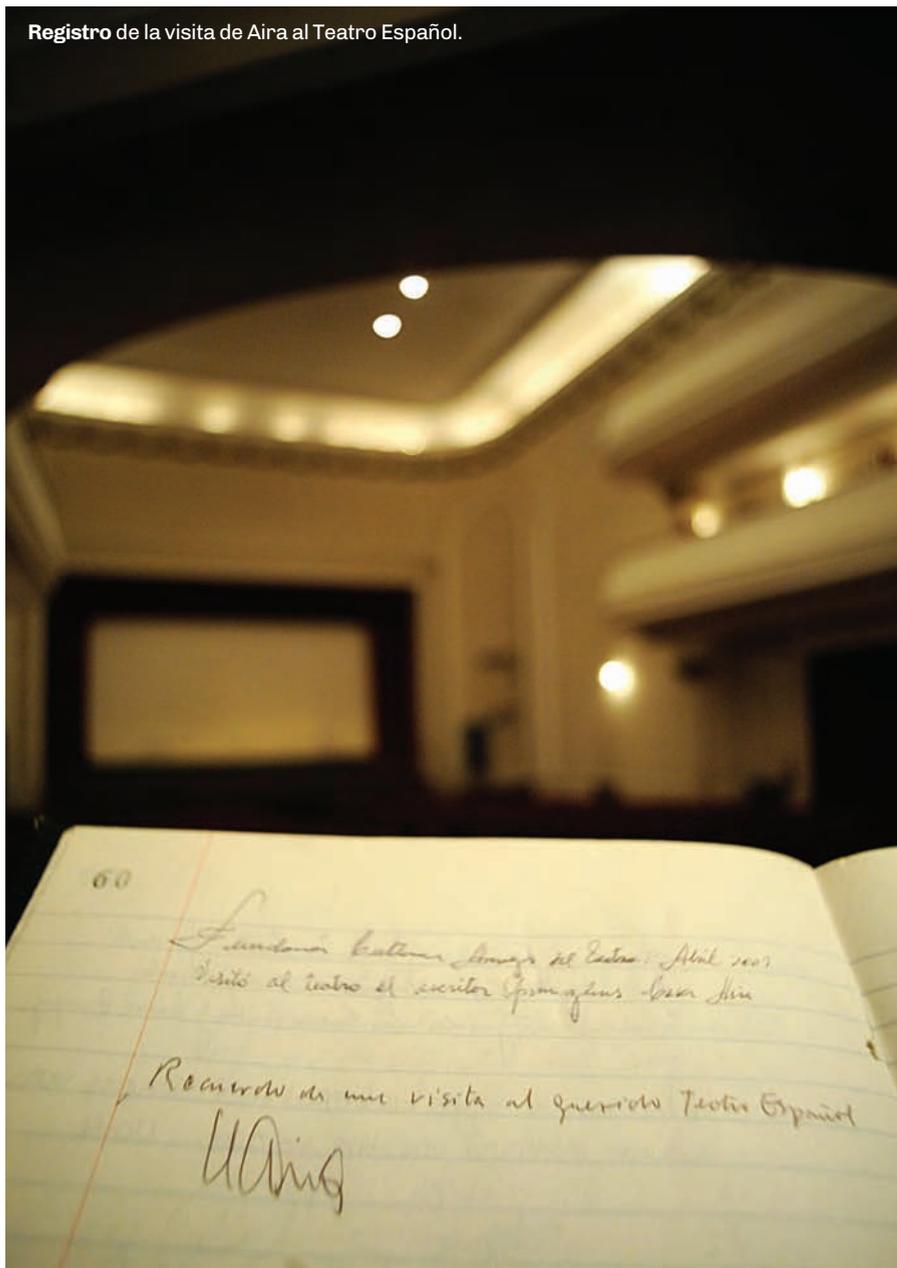
Era hermoso, ahí tienen fotos si quieren verlo... ¿no me digan que no era hermoso? Llamaba la atención de lo lindo que era... Además muy buen chico. Venía y decía: Mamá ahí está la Cura Preciosa. Había una tía de él, que era hermana de mi esposo, que se llamaba "Cura", un nombre raro, ¿no? La Cura vivía en el campo y cuando venían él me decía: 'Mamá vino la Cura Preciosa y el Lorenzo Viejo'. El Lorenzo era el marido de la Cura Preciosa. Le decía el Lorenzo Viejo porque tenía algunas canas. No era tan viejo Lorenzo, pero para él la Cura era Preciosa y el Lorenzo Viejo. Y también había una vecina muy bonita y él decía: 'Mamá ahí salió la Dorita Linda'. Era de bueno. Y es bueno, muy bueno. Pese a estar viviendo en Buenos Aires me llama... por lo menos una vez por semana me llama. Incluso una vez me llamó desde Francia. Me dijo: ¡Hola Mamá! te estoy llamando desde París!

Su voz tiene cierta ambigüedad, pese a la cadencia acompasada hay intensidad en sus palabras. La intensidad que le confieren sus noventa años, el recuerdo de un hijo niño en otra década, en un lugar que parece otro, donde los epítetos abundan y las anécdotas también.

¿Viene seguido a visitarla?

Bastante seguido, cada dos meses, viene acá, a este departamento. Tiene su dormitorio. Le gusta estar mucho en su habitación, se trae algún libro para traducir, para leer, así que no charlamos tanto. Ahora hace mucho que no viene porque viaja demasiado y se cansa mucho. Encima tiene que viajar

Registro de la visita de Aira al Teatro Español.



Los senderos 'ópticos' de la Plaza central, otra marca Salamone.



en micro. Como no tiene auto en Buenos Aires anda en bicicleta, sale todas las noches a dar una vuelta en bicicleta. Es un buen ejercicio, ¿no?... ¿Les conté que hace poquito lo llamaron desde Florencia, desde Italia.

No ...

Lo llamaron de Italia. Fue a Florencia y después a Roma y hasta estuvo en el Vaticano.

¿Viajó al exterior con él?

No, no, con él no.

Él no viajó mucho, ¿no?

No, ahora sí porque lo invitan. Hace poco estuvo en Oceanía. Me contaba que le costó, fue muy feo el viaje, muchas horas, pero fue en avión. Le pagaron el boleto de avión.

¿Su hijo le hablaba sobre su deseo de ser escritor?

Y no... él nunca dijo que quería ser escritor. Leía y leía. Mucho leía...

¿Desde cuándo? ¿En su infancia la lectura estuvo presente?

Sí era muy lector. Por esa época los vendedores de libros pasaban casa por casa. Él me pedía que le comprara libros, libros de filosofía. Tenía 8 años y leía libros que eran para adultos. Uno de los que me vendió libros una vez me dijo: "No le deje leer estos libros, no son para chicos".

¿De dónde le vino esa pasión por la lectura?

De mí, yo era muy lectora. El libro que más me gustó fue *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë. Me gustó tanto que empecé a investigar sobre la vida de Emily Brontë. *Cumbres Borrascosas* la leí como diez veces, la tengo ahí en mi biblioteca y está media rota de tantas veces que la leí. ¡Qué novela más linda!

¿Y la pasión por la escritura?

De mí, de mí. Siempre me gustó mucho escribir. En Matemática me sacaba 3 y en Castellano me sacaba 9, 10. A mí me gustaba Castellano, cada loco con su tema, ¿no? Yo escribía... incluso tuve mucho éxito con una revista que hice que se llamaba *La Pringlense*. Hasta me llamaron de Buenos Aires para hacerme una entrevista. También saqué un libro de relatos llamado *El Pensamiento*.

La Pringlense es la publicación de "cultura, humor, opinión y política" que dirigía Isabel. El primer número data del año 2004. Allí volcaba sus opiniones sobre los sucesos de Pringles, poemas y biografías de personajes de la cultura. *El Pensamiento*, además de ser el título de su libro de relatos, es la localidad del partido de General Pringles donde nació.

César estudió en Buenos Aires, ¿no?

Sí, se fue a los 18. Hizo un año de abogacía, porque el padre le ordenó que estudiara abogacía.

Sólo un año...

Sí, un año. Él me decía: Mamá a mí no me gusta. Y bueno hijo, anotate en Filosofía y Letras. Se puso ahí y ahí terminó. Así que tengo un hijo egresado de Filosofía y Letras. También tengo una hija que es Profesora en

Ciencias de la Educación. En este momento mi hija está enferma, es una lástima, porque podría haber venido para la entrevista, pero está enferma no sé bien que tiene...

Y un día su hijo apareció con una novela...

¿Cómo recuerda ese momento?

-No, no... primero hacían una revista con Arturito Carrera, su amigo de la secundaria. En la primaria mi hijo iba a la Escuela N° 2 y Arturo a la Escuela N° 1. Se conocieron en el secundario y enseguida se hicieron íntimos amigos. A Arturo le gusta más la poesía, es poeta.

Arturo Carrera, al igual que Aira, nació en Pringles y es el otro escritor famoso que tiene la ciudad. Pero sus perfiles son antagónicos. Carrera coordina en la vieja estación una residencia para escritores extranjeros. Por esos días albergaba a un par de escritoras holandesas. No huye de la gente, es sociable o como a él le gusta decir: "yo no podría dedicarme solamente a escribir".

¿Cuál fue la primera novela de su hijo que leyó?

La primera novela que hizo se llamaba "Ema, la cautiva" ¡Tuvo un éxito terrible! Se la pidieron para traducir de Alemania. Y lo mandaron a llamar, fue a Munich, y después fue a Essen, con dos eses, Essssen, que es una ciudad muy linda de Alemania. Y después fue a otro lado de Alemania, fue a tres partes. Yo tengo algo de alemán. Mi papá era español y mi mamá era hija de alemanes. En Alemania la novela tuvo un éxito bárbaro, no me explico bien por qué pasó eso. "Ema" era muy, muy argentina... no tengo acá un ejemplar de la novela, nunca la pude conseguir...

¿No tiene Ema, la cautiva?

No, no. La leí en su momento...

Este año se conocieron los contenidos de algunas de las tantas cartas que César Aira le enviara a Fogwill. En una de ella le agradece los comentarios sobre "Ema, la cautiva". Un Aira joven y vulnerable acepta que necesitaba ese gesto, ya que consideraba que la novela era "fallida". En otro pasaje le confiesa que ningún editor quiere publicarla y que él no tiene ni fuerza ni "cierta dosis de insistencia" para convencerlos. Aira antes de su repercusión, antes de ser traducido, antes del prestigio.

¿Isabel, le gusta como escribe su hijo?

Sí, pero hay algunos libros que no los entiendo. Algunos libros no los entiendo nada.

Isabel no es la única en Pringles que reconoce no entender los libros de Aira. Su ciudad natal dice que lo admira, pero sin saber muy bien por qué. En esto su literatura se emparenta con lo que genera la arquitectura de la ciudad y, en especial, la plaza principal: al recorrerla, lejos de formarse



un clásico cuadrado, se dibuja un sendero vacilante. Siempre es preferible un recorrido transversal. Ahora bien, no todos están dispuestos a hacerlo de ese modo.

¿Le ha comentado a su hijo que a algunas novelas no las entiende?

Y sí... él se defiende diciéndome que "alguien debe entender mis libros porque siempre me llaman". Y tiene razón. Ahora, hace poquito vino de Italia, primero estuvo en Florencia y luego en Roma. Él habla 9 idiomas...

¿Cuál de sus novelas le gusta más?

Me gustó mucho Las Ovejas y algunas de las que escribió al principio. También me gustó esa que se llama Un viajero o algo por el estilo.

¿Un episodio en la vida del pintor viajero?

Ajá, sí, esa. Esa me gustó, esa la entendí. La entendí, pero hay algunas que no entiendo. Uno tiene sus gustos también, ¿no? Ahora me dijo que me iba a traer la última que escribió que se llama "El error".

-¿Quieren tomar un licorcito? Querida, serviles un licorcito... ¿Toman bebidas alco-

hólicas?... Querida trae unas copitas, no traigas copas muy grandes porque si no después no se van a poder ir.

¿Su hijo le manda las novelas que publica?

Sí, sí me manda. Querida, serviles, serviles un poquito más, no seas amarreta...

Ella se excusa de no tomar por una molestia en la garganta.

Hoy llamé a mi hijo varias veces pero no había nadie en la casa. Quería hablar con él porque al mediodía me avisó una amiga, que es profesora de francés, que en la radio le hicieron un reportaje.

Era una grabación de una entrevista que le hicieron en el 2010...

Ah... ¿entonces no era de hoy?

La entrevista, realizada por José María Martel, en FM Pringles, y al no conocerse demasiados archivos sonoros, es una pequeña joyita para los seguidores más devotos de Aira. La cadencia en su tono, el jadeo espacioso entre la pronunciación de

El niño en su disfraz a la luz de Coronel Pringles, desde el quinto piso de uno de los pocos edificios altos del pueblo.

“Me gusta como escribe mi hijo pero hay algunos libros que no los entiendo nada...”



cada palabra guarda un particular eco con la forma de hablar que tenía Jorge Luis Borges en sus últimas apariciones mediáticas. Desde el punto de vista periodístico también tiene un valor superlativo: Martel trabajó en un negocio que tuvo el padre de Aira, lo que le permitió que el escritor fuera mucho más abierto en sus respuestas. Se lo puede escuchar a Aira reconocer que a su edad ya no le queda mucho camino por recorrer: “Hace diez años que no trabajo, estoy medio retirado, sigo escribiendo un poco por inercia. Es lo único que sé hacer, lo único que he hecho”. Durante la media hora que duró el reportaje habló de cómo veía a su ciudad: “Vengo dos o tres veces por año a hacer estas visitas al pueblo, a la mamá, nunca lo encuentro cambiado, Pringles es bastante conservador, ¿no?” Y también habló de sus viajes, de la familia, de la vida que lleva, de la vida que tuvo. Siempre con cierto dejo apocalíptico que lo lleva en un momento a decir que: “El ser humano hacia los seis años empieza su decadencia. Los niños me parecen obras de arte: el punto culminante de belleza, de gracia, es a los tres o cuatro años.” Fue su madre quien le insistió para que diera una entrevista al programa local más escuchado de la mañana.

Acá en Pringles se comenta que usted, Isabel, fue y es la principal difusora de lo que hace su hijo...

Y claro, ¿Cómo no lo voy a ser?... Tomá, tomá un poquito más de licon... te da vitamina... Así

que ustedes son de La Plata...

Sí

Muy linda ciudad La Plata, yo iba a verlos cuando estudiaban mis nietos. Muy linda ciudad. Yo iba mucho a la Catedral, donde están los restos de Dardo Rocha. Ahí en La Plata estudió nuestra Presidenta. Tantos presidentes buenos que hemos tenido, un Sarmiento, un Hipólito Yrigoyen que entró rico y salió pobre.

¿Con su hijo habla de política?

No, al él no le gusta mucho. Nunca le pregunté a quién votó. Yo esta vez lo voté a Binner.

Esta mañana hablamos con un amigo de su hijo, Omar Berruet... ¿Qué relación tenía César con Omar?

Eran muy amigos, porque nosotros vivíamos en la calle Alvear, Omar era vecino, iban a la misma escuela, la Escuela N°2. A la escuela vieja, porque ahora enfrente hicieron la escuela nueva. Y, todo cambia en la vida... Lo conoció a los 8 años. Le dedicó un libro a Omar. Mi hijo hizo más de 90 libros y entre esos libros hizo uno que se llama *El Infinito*, que cuenta un juego que hacían con Omar.

Omar Berruet sigue viviendo en Coronel Pringles. Inmediatamente muestra una gran predisposición a hablar de su amigo. Fue Isabel quien un día lo llamó y le dijo que tenía un libro para él.

“El Infinito habla de mí, de mi familia, de un juego que teníamos con César cuando éramos chicos, que yo me había olvidado, sinceramente. Se cuenta el juego, en qué consistía, su personalidad, la mía. Después me enteré que aparezo en otros libros más, en “La costurera y el viento” por ejemplo. Yo pensé que era esa sola referencia, pero la amistad, los juegos parece que le han quedado. La verdad que es una satisfacción estar dentro de un libro de César Aira. Leerme en una novela de él fue emocionante. Habla del juego, de mi madre, del camión de mi viejo donde nos sentábamos a pasar la tarde. Yo aprendí mucho con César, otros juegos, lecturas. Él leía mucho. Íbamos a una pileta acá en Pringles, pero sobre todo con él leía. Después ya no nos vimos tanto, yo empecé a trabajar de muy chico a los 13, 14 años de cadete en la Sociedad Rural y ahí, si bien seguíamos siendo vecinos, ya no estábamos tanto tiempo juntos. Cuando se fue a los 18 estuvo mucho tiempo sin venir a Pringles. Ahora está viniendo más seguido, parece que la edad lo ha sensibilizado, los orígenes tiran. Por ejemplo, cuando lo declaramos Ciudadano Ilustre él me dijo: “Se ve que estamos viejos, yo antes a estas cosas no le daba mucha importancia y ahora las siento de otra manera...”

¿Se ablandó?

¡Sí!, se ablandó un poco. Yo siempre respeté su forma de ser. Ahora lo veo un poco más suelto. Nosotros, los compañeros de la

escuela, del barrio nos solíamos juntar una vez al año a cenar, siempre lo invitaba y nunca quería venir. Pero la última vez me dijo: "Che, si siguen haciendo la cena avísame porque la próxima vez quiero estar". Debe ser la edad que lo ablandó. Pero siempre nos llevamos muy bien. Si la ves a Isabel preguntale por el día que casi nos meten en cana. Cada vez que nos cruzamos me repite la misma anécdota...

Al principio Isabel dice no recordar la anécdota, pero ante la insistencia, y ayudada con un par de detalles, el relato por fin aparece:

Ah, sí, sí, ya me acuerdo... ellos no me acuerdo bien qué hicieron, creo que había una nenita sentada y ellos le dijeron: "Ay, nena, sacate los mocos de la cara", porque era chiquita la nena, pobre, y tenía mocos. Entonces ella entró corriendo a la casa de la madre. La madre salió enfurecida y estos se fueron corriendo y se metieron en un jardín de otra señora que cuando los vio armó un escándalo terrible. Tuve que ir yo, porque la señora quería llamar a la policía, les quería pegar a los chicos, pero por suerte la convencí de que no hiciera nada. Mi hijo después debe haber contado eso en alguno de sus libros...

¿Habló de usted en alguna novela?

-No sé, porque yo no las leí a todas. Supongo que debe haber escrito algo sobre mí, pero no me acuerdo ahora. ¿Les dije que tiene una novela traducida al griego? Está ahí en la biblioteca, es un libro rojo.

Aira escribió sobre la madre en distintas novelas. La madre puede no ser su madre. O quizás sí. Al comienzo de *La costurera y el viento* se lee: "Mi madre me daba la espalda frente a la mesa, mirando la ventana. No trabajaba, no hacía la comida ni manipulaba cosas, lo que era rarísimo en un ama de casa clásica que siempre estaba haciendo algo, pero su inmovilidad estaba llena de impaciencia. Lo supe porque yo tenía una comunicación telepática con ella. Y ella conmigo".

Está orgullosa de su hijo, ¿no?

Y sí, cómo no voy a estarlo...

Bueno eso es todo, creo...

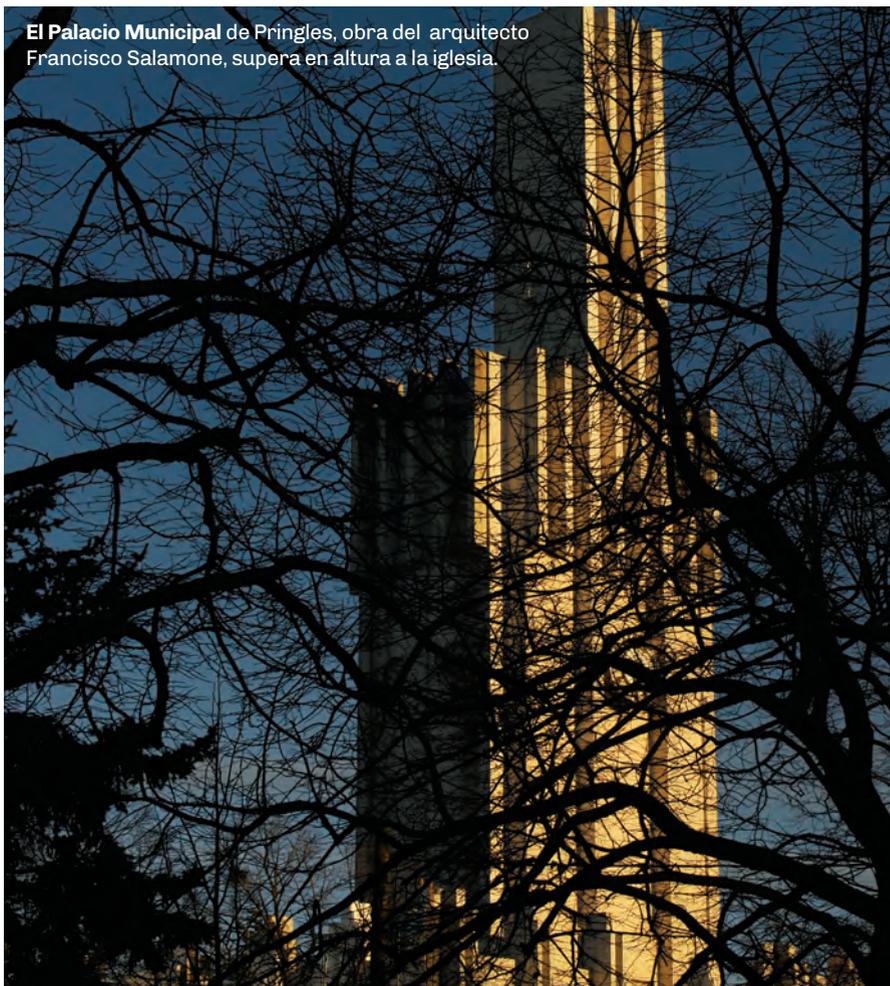
¿Qué apuro tienen?... ¿vieron las fotos?: mi preferida es esa que está vestido de gaucho con una guitarrita en la mano...

¿Qué edad tenía?

Cinco, seis quizás...

En la fotografía nos muestra a un pequeño César con una sonrisa de oreja a oreja. Es un chico disfrazado de adulto, comenzando, según sus propias palabras, la decadencia humana. A un costado hay otra foto que acompaña una nota publicada en un diario: tiene cuarenta años y anteojos de escritor.

El Palacio Municipal de Pringles, obra del arquitecto Francisco Salamone, supera en altura a la iglesia.



"Vengo dos o tres veces por año al pueblo. Nunca cambia. Pringles es bastante conservador" CA



Detalle interior. Ventana art déco.